

Presencia del grupo operativo y pandemia

Fernando Torres Ysern

Texto presentado en las Jornada XXXV de APOP: Concepción Operativa en tiempos de Pandemia,
14/11/2020

El texto que se presenta es una comunicación que tiene como objetivo exponer las conclusiones, como reflexiones y propuestas, de un trabajo de investigación sobre los grupos, que, desde la coordinación de grupos operativos, he extraído del abordaje de los grupos en plataformas virtuales on-line, experiencia realizada en Apop y con colegas de esta asociación grupalista.

El grupo operativo ha estado presente en la pandemia, y en nuestra institución Apop, dando sostén a sus actividades. Inicialmente nos encontramos ante la dificultad de dar respuesta a la situación pandémica, que impedía la reunión de personas por motivos sanitarios, con lo que los grupos humanos, tan añorados precisamente en momentos de aislamiento individual, se volvían necesarios y útiles como dispositivo para dar ese sostén tan demandado, y sin embargo se ponía en peligro su utilización por poder ser motivo de contagio.

Con ello surgió un debate en nuestra institución sobre si continuar o no realizando grupos operativos utilizando en ellos y con ellos técnicas propias de las tecnologías de comunicación, que por otro lado se estaban ya utilizando en muchos sectores sociales, tanto públicos como privados, en el interior de organizaciones e instituciones de todo tipo, con el objetivo de poder reunirse con ellas.

Hubo que decidir si continuar o no con la técnica de grupo operativo, precisamente porque la duda que podía surgir era si el grupo operativo como técnica era posible en una tecnología de la comunicación virtual y del "on-line".

La pregunta se planteaba del siguiente modo ¿puede haber un grupo operativo on-line, virtual, o lo que surge ahí no es un "grupo operativo", dado el impacto en la técnica operativa, las modificaciones que como efectos puede llegar a operar la tecnología en la técnica de grupo operativo, incluso en sus "esencia"?

Desde mi punto de vista, la cuestión, no obstante, estaba en otro nivel de análisis. En realidad, no pensaba que la pregunta debería orientarse a la técnica operativa de grupo, sino al propio grupo: ¿Pueden los seres humanos constituir un grupo utilizando para ello plataformas tecnológicas en las que la comunicación entre ellos se realiza en modalidad de sincronía audio-visual (y textual)?

Porque si la respuesta a la pregunta por la propia posibilidad de grupo es positiva, no encontraba motivos técnicos o de otro tipo para que la pregunta por la técnica operativa de grupo no siguiese el mismo camino de respuesta, salvo facticidad práctica en contra.

Aunque, en realidad, mi respuesta en cuanto a la posibilidad de los grupos en plataformas tecnológicas ya estaba dada desde hacía años: había trabajado en diferentes compañías utilizando tecnologías mediante las cuales las personas hacían reuniones, se reunían, y siempre había entendido, percibido, sentido, que aquellas reuniones eran grupos. Tal vez aquí estuviese influenciado por un elemento esencial a la hora pensar y valorar cualquier plataforma tecnológica, y es la familiaridad con sus herramientas, con el "interfaz" que se utiliza, con el que estaba muy habituado. Sin embargo, creo que

era mi formación y experiencia en grupo operativo la que me llevaba a percibirlo así. Y si convocaba a una de esas reuniones, o era convocado a ellas, convocaba o era convocado a un grupo.

Por cierto, que aquí, aunque velado, ya se vislumbra un elemento fundamental para la determinación de en qué se concreta finalmente aquello que se convoca desde una coordinación y a lo que acuden esos seres humanos cuando se reúnen para trabajar colectivamente en la búsqueda de alcanzar alguna finalidad a realizar en común. Y es la importancia de la transferencia recíproca (o “contratransferencia”). (O sea, si no convocas un grupo, pues difícil que se reúna “un grupo”, salvo pertinaz empeño de los asistentes que pueden decidir en función de su propio deseo colectivo, fantasías y transferencias, que sí es un grupo –y es que eso es lo que tiene la “mutua representación interna”, que va, de suyo, por su propio camino también-).

Tuve siempre presente y más ahora tengo, la definición de grupo para Pichón-Rivière: <<Conjunto restringido de personas que ligadas por constantes de tiempo y espacio y articuladas por su mutua representación interna, se proponen, en forma explícita o implícita, llevar a cabo una tarea, que constituye su finalidad, interactuando a través de complejos mecanismos de adjudicación y asunción de roles>>.

En la modalidad on-line: ¿hay un conjunto restringido de personas? ¿están ligadas por constantes de tiempo y espacio?, resaltemos que el autor hablará de “constantes”, no predefinirá cómo se concretan materialmente; ¿se articula una mutua representación interna?, ¿se pueden reunir en on-line con un propósito como el de realizar una tarea?, ¿se puede dar en un entorno virtual la interacción mediante mecanismos de adjudicación y asunción de roles? Todo parece indicar que la respuesta a estas preguntas es que sí.

Parecería que, si el grupo puede darse, se podría como poco apostar positivamente a que la técnica de grupo operativo también, salvo surgimiento de algún efecto que generase la imposibilidad del trabajo de coordinación o de un encuadre acordes a la técnica, cosa que sólo podría verificarse con la práctica.

Volvamos entonces al inicio de la pandemia y a nuestra formación. La decisión, en aquellos momentos podía tomar dos caminos: a) suspender la formación; b) continuar entendiendo que el grupo operativo se podía sostener en el nuevo entorno audio-visual, al menos como hipótesis a confirmar e investigar. Tarea esta, la de la investigación que, hemos de decirlo, atañe como función en la institución a la figura de la coordinación.

Se buscó un encuadre nuevo, adaptándonos a la realidad de la situación de crisis de ese momento, que incluyese las características de la tecnología. De hecho, se desarrollaron varios encuadres de técnica operativa de grupo para entornos virtuales on-line, y actualmente seguimos con nuevas modalidades, muy parecidas, pero con constantes innovaciones, que van enriqueciendo la tarea formativa. Podemos decir que la formación actual con estos entornos tiene bastante aceptación entre nuestras/os grupalistas, que, tampoco debemos olvidarlo, nos demandan no obstante formación en un entorno presencial grupal convencional.

Así, estos encuadres nuevos que investigaban los grupos on-line, tuvieron la finalidad del sostenimiento de la formación de Apop en la situación de crisis, algo que creo se está consiguiendo. Sostén Comunitario.

Y tras la experiencia ya de varios meses, ¿qué creo se puede decir de estos grupos operativos “operado” sobre plataformas virtuales?

Empecemos diciendo que la situación grupal virtual vehiculada mediante tecnologías de la comunicación no se muestra la misma que en situación de “presencialidad física”, esa relativa a los grupos que convencionalmente hemos realizado hasta estos tiempos.

¿Qué elementos nuevos surgen a los que deberíamos atender en cuanto a su efecto sobre los fenómenos grupales? Se me ocurren una serie de ellos, que he ido observando en la práctica desde la coordinación.

Algunos de ellos tienen que ver con el “interfaz”: ¿curiosa palabra no?, “inter”-“faz”, que casi podríamos traducir, pluralizándolo, como “entre-caras”, que es básicamente, junto con la voz, lo que se “comunica”, transfiere o circula por el nuevo medio, sin olvidar la necesidad de actuar sobre otros dispositivos, como ratón o teclado... y llegarán otros.

La familiaridad con el interfaz, y con el manejo instrumental del aparato, gadget, es fundamental para poder estar en el grupo; esto es, hay un nivel atencional a los fenómenos grupales que se pierde si el foco tiene que estar en atender a cómo funciona el sistema. Genera además una sensación de inseguridad que se torna fácilmente en ansiedad (¿angustia también?) que dificulta o tiñe el clima. Por eso es tan necesario familiarizarse con el uso, con la usabilidad del sistema. Esta situación dura poco tiempo, por lo que hemos podido experimentar. Esto es, el uso de la herramienta debería interiorizarse cuanto antes, comportándose esta en ese sentido como una extensión de nuestra persona.

La pantalla, como elemento de relación, se comporta como un dispositivo de “encuadre”, primero por su propio diseño físico, segundo por los elementos “ventana” incorporados ya en todas las aplicaciones de uso común (proviene del “windows” de Microsoft) y tercero porque, cuando el grupo se reúne online, la pantalla sirve como marco con límites dentro de los cuales se establece el grupo, al menos en cuanto percibido como imagen. Este encuadre-de-pantalla marca el límite, delimita la piel, del grupo, y le da una entidad como globalidad percibida, como imaginaria. El grupo que asiste, y al completo, se muestra dentro de la pantalla.

Y aquí se produce un fenómeno añadido de flexibilidad imaginaria: y es que incluso cada uno de los asistentes, uno por uno, puede verse a sí mismo dentro de ese grupo conformado por los límites del encuadre visual de la pantalla, un fenómeno que no se produce jamás en un grupo convencional.

Mi hipótesis es que esta aparición global del grupo y dentro de la cual cada uno por uno se percibe a sí mismo, anticipa la comprensión totalizada y totalizante del grupo, del “nosotros”, como unidad en el orden de lo imaginario. Para mí que se produce un efecto de “estadio del espejo” grupal, de unificación grupal imaginaria que no se produce fomentado por esta imagen globalizante en los grupos tradicionales de presencia física, aunque postulo que también es parte del proceso grupal en estos últimos, realizado por vías que, aunque similares, no exploraremos aquí. Habría que investigarlo, y ver, por ejemplo, sus efectos, de existir, sobre pre tarea y tarea y el pase entre ambas.

La aparición de cada uno en un grupo representado en un encuadre que lo delimita es un efecto al que no se sustrae tampoco la coordinación, que aparece como “uno más” en ese marco. Además, aparece en “cualquier lugar”. Esto es, la coordinación pierde ese lugar espacial que mantiene en el grupo convencional, marcado por su posición en la cuasi circularidad del grupo, que hora se “cuadratiza” en la

pantalla, se hace angulosa. El “lugar” de la coordinación se sostiene ahora sólo en su función y su hacer, y no puede apoyarse en una disposición espacial con respecto al grupo de los asistentes. Aparece “mezclada” con ellos, de algún modo tal vez “diluida” en cuanto a su posición en la imagen, no en cuanto a su función que debe mantenerse. ¿Cómo descentrarse, mantener esa distancia operativa propia de la coordinación en una situación como esta, en una situación que es un estar junto los otros en una imagen totalizadora que iguala y no distingue? Un elemento interesante a investigar. Podemos decir, que es la función la que diferencia (pues es la diferencia). Y por la experiencia que vamos desarrollando, la función sí se puede mantener en ese encuadre, lo que muestra la importancia de la orientación a la tarea y de la posición transferencial de sujeto supuesto saber que el encuadre da a ocupar a la coordinación como sostén de la dinámica grupal.

Estamos pues “dentro” y nos vemos allí incluso, pero nos vemos como si nos mirásemos desde “fuera”, porque nos vemos incluidos. El desde dentro y desde fuera se diluyen, se inter penetran.

Pero y ¿qué pasa con la falta, con las ausencias? No hay silla vacía (por cierto, fenómeno que no es casual, sino una decisión de la coordinación en cuanto a entender que mantener el encuadre implica dejar una silla para cada quien tiene que venir y no para quien llega). En este encuadre de pantalla no se marca la falta, la ausencia con un lugar vacío, con un blanco o negro, o espacio a la espera de llenarse. La ausencia queda para la rememoración y el recuerdo. No hay lugar físico que la marque, al menos en las plataformas que habitualmente se utilizan, todas muy similares entre sí en cuanto a la presentación de los asistentes en la interfaz y su utilización; incluso demasiado similares.

En realidad, sería pues como si este encuadre on-line primara la delimitación de un espacio siempre completo. Cuestión a pensar. No obstante, parecería que el grupo interno representado se mantiene y descompleta el marco globalizante, recordando las ausencias.

Este marco imaginario unificador se topa con su contraste, que paradójicamente parece mostrar su influencia, en las desapariciones o “desconexiones”. Alguien desaparece, por la circunstancia que sea, que puede ser técnica; sin embargo, la comprensión de lo que la desaparición significa plantea el interrogante de su significación. ¿Es sólo técnica? ¿Y si desaparece la coordinación? Es una posibilidad siempre presente (y por cierto, una de las fantasías de la coordinación). La tecnología tiene eso, también su propia imperfección. ¿Pero qué efectos tendría? ¿Hay que preverlos, explicitarlos?

La experiencia me dice que si las desapariciones o desconexiones no son solucionadas influirán negativamente en la dinámica grupal; no obstante, siempre que tengan una clara explicación “tecnológica”, suelen pasar bastante desapercibidas; sin embargo, sus efectos de significado pueden poner en juego el latente de las fantasías grupales, que, como no podría ser de otro modo, tomarán su propio camino, a descubrir. Queda pendiente profundizar en sus efectos inconscientes... y, cómo no, en sus causas.

¿Pero qué pasa cuando se excede la “una-pantalla”, cuando las imágenes de los participantes no se integran en un conjunto dentro de unos límites de una pantalla que encuadra? En realidad, aquí nos topamos de nuevo con las diferencias ya apuntadas en la modalidad presencial convencional en cuanto al tamaño de los grupos y a la posibilidad de intervenciones en grupos de grandes dimensiones y en la delimitación de cuándo un grupo deja de ser un grupo y es “otra cosa”.

La cuestión es que me parece que el límite de la pantalla, que es el límite del grupo como imagen global tiene un efecto en cuanto a la percepción del nosotros (antes hablé de la anticipación). Esto se ve fácilmente cuando algún participante no es capaz de acondicionar su propia pantalla y ver al conjunto del grupo, aunque sí lo esté escuchando. Esto genera un efecto interesante en sus sensaciones, y sentimiento de estar “perdida”, o “fuera” o no poder “ingresar” o “participar” en el conjunto. Es difícil en un grupo convencional ver a los demás y no ser visto... o viceversa; sin embargo, esto es una posibilidad real en los grupos on-line, cuando alguien queda fuera del marco visual, algo muy presente en los comienzos y momentos de acomodo al uso.

Algunas de nuestras participantes grupales, profesionales del campo de los grupos, nos han transmitido su percepción de que en algunos casos participantes en grupos virtuales que no solían realizar muchas intervenciones en grupos presenciales “físicos”, han aumentado las mismas en sus grupos on-line, fenómeno que señalo aquí pues me parece muy interesante para tener en cuenta el posible efecto “máscara” que la participación virtual pueda generar, en el sentido de fomentar las intervenciones desinhibiendo o facilitando las mismas, tal vez cuando se percibe la situación como de una mayor “distancia” o menor cercanía física y su correlato en lo emocional.

Otro fenómeno detectado que se da en los grupos on-line es la de la aparición junto con el participante de su entorno cercano, elemento que puede también delimitarse tecnológicamente (predefinición del fondo de pantalla) pero que en realidad trae al grupo objetos y espacios que conforman la vida cotidiana, familiar o profesional del participante. Cada cierto tiempo, hay quien aparece acompañado por otras y otros que conforman su vida, tanto personas, como animales, objetos, mobiliarios, cuadros, espacios... en fin, el asistente viene con una compañía no factible de otro modo, con elementos de otros grupos, instituciones, comunidades, con las significaciones que esos entornos pueden introducir en el proceso grupal. Se convierten en parte de su “vestimenta”, de su presencia y su presentación a los otros y tienen efectos en el clima y proceso del grupo.

Ejemplo: asistente que se levanta, desaparece, se la ve luego abrir una puerta al fondo de la estancia y mirar hacia abajo, la cierra, vuelve, se sienta de nuevo en su posición inicial... y unos segundos después... un gato cruza por encima de su mesa.... -abrió al gato la puerta, y lo dejó entrar en el grupo, posiblemente del mismo modo en que el grupo estaba entrando en su casa-).

Así que, en medio de la pandemia, el grupo operativo está presente. Y hace presencia en la vida cotidiana de los asistentes y de la coordinación, así como la propia vida cotidiana, al menos en trazos, se hace presente en el propio grupo. ¿Será esto una extensión de la técnica grupal a través de la red? ¿Una nueva posibilidad de dar utilidad social al grupo operativo como herramienta de transformación? ¿La posibilidad de llegar más lejos?

He aquí que nos hemos encontrado con el término de “presencia”, (referido al grupo operativo) y me parece que es ese el elemento nuclear sobre el que puede estar implícitamente, latente, girando un debate sobre la posibilidad del grupo operativo en los entornos de comunicación virtual; junto con el concepto de si hay o no “cuerpo” en los entornos virtuales (siendo esta pregunta válida tanto para el grupo como para sesiones individuales on-line).

En general el concepto de “presencia” ha estado asociado a la idea de simultaneidad en el espacio y en el tiempo. Básicamente, dos o más sujetos están presentes cuando coinciden físicamente a un mismo tiempo en un mismo lugar.

Hay que decir aquí que de facto esta conceptualización contiene y consiente necesariamente una falacia, porque en realidad las masas físicas de los sujetos, como cuerpos reales, no ocupan exactamente el mismo lugar en el espacio; y con respecto al tiempo, podríamos decir que, aunque supuestamente están en el mismo “momento” ahí, en realidad su supuesta sincronía está mediada por el tiempo que tarda cualquier mensaje en transitar su distancia en el espacio; sí, este decalaje es imperceptible presencialmente, pero existe... en la presencia on-line el decalaje del tiempo y el espacio queda superado por la velocidad de casi instantaneidad que proporcionan los medios de comunicación, con los que la comunicación y la interacción pueden ser sincrónicas incluso entre distancias geográficas inmensas.

Podemos pensar que el concepto de presencia estaría atravesado por la idea de “cercanía” (en oposición a una idea de “lejanía”), tanto espacial como temporal, y esta cercanía parece ser que puede realizarse con los medios de comunicación actuales.

En cualquier caso, esta “presencia” estaría enmarcada, más allá de lo puramente físico, en la posibilidad de un “encuentro”. En la posibilidad de poner en hecho, en acto, un intercambio, una relación, un discurso, un vínculo, entre dos o más, lo que implica un “lugar”, en el que mentes y cuerpos de los sujetos puedan encontrarse.

En el campo de la comunicación, Marshall McLuhan, el desarrollador del concepto “Aldea Global”, en su texto (1988) “Las leyes de los medios” escribió: “Todos los artefactos humanos, —ya sea el lenguaje, o las leyes, o las ideas, o las hipótesis, o los instrumentos, o el vestido, o los ordenadores— son extensiones del cuerpo físico o de la mente”. Y estableció cuatro leyes (que no vamos a desarrollar aquí) que entendía de aplicabilidad tanto a los medios de comunicación como a las facultades humanas, pues concebía a los media como extensiones de estas facultades.

En el campo psicoanalítico nos recuerda Greenberg que Wilfred Bion abrió la posibilidad a “las extensiones de la mente en las áreas espacial, temporal y corporal”, dice: “La mente no queda limitada por la «anatomía» ni queda restringida al interior físico de la persona, sino que se expande dentro de la mente de otro”; y nos recuerda los conceptos bionianos de “pensamientos sin pensador” y de la “mente ampliada temporalmente, [que] implica contemplar el presente como conteniendo pasados y futuros a la vez”.

José Bleger nos hablará en “Psicohigiene y psicología institucional” de que “en ciertos sectores de la personalidad, podría decirse, el esquema corporal incluye la institución o parte de ella, o viceversa”.

Ese lugar de cercanía, ese lugar de intercambio, de relación, ese lugar ¿podría darse en los medios de comunicación, ahí donde las mentes y los cuerpos se extienden si lo hacen para encontrarse? ¿Y si así fuese?

Y ese lugar de encuentro on-line, lugar de “el entre” y no de “lo ente”, ¿no actuaría como espacio transicional al modo de Winnicott?; espacio de lo “inter”, lugar inter-medio, del inter-cambio, de la inter-relación, del vínculo, lugar del lazo.

¿Podríamos además pensar que es una de las formas de construcción de lo que Alejandro Scherzer concibió como “la zona común, lo mutuo, el área 4”? (en aquel texto que dedicó a Armando Bauleo): “Es una zona Conectiva, Conjunta, zona de intersecciones, zona de pasaje, zona del nosotros, zona mutua”. ¿Sería entonces que estaríamos encontrado también la posibilidad de desarrollar esa área, para poner en juego lo común, para construirlo?

¿Tendríamos en nuestras manos la posibilidad de un instrumento con el que operar la transformación activa de la vida cotidiana, la comunidad, lo social y por qué no, de “lo político” que todo ello implica con una capacidad de extensión que llevaría el lo-común a escala planetaria?

¿No sería una herramienta perfecta para trabajar en ese quinto ámbito, el de la globalización, del que Leonardo Montecchi nos habla?

Federico Suarez (“Introducción al concepto de institución”) hace referencia a Bleger en cuanto a su concepción de los ámbitos, indicando “Bleger parece querer limitar el ámbito en función de la potencialidad del psicólogo [porque] no disponemos de estrategias para intervenir sobre el mundo”... Preguntémosnos en función de lo expuesto: ¿y ahora, podemos intervenir sobre el mundo?

Entonces, y para ir concluyendo, en esa presencia (“on-line”), en ese “entre”, en ese lugar común, que posibilitan estos medios, ¿dónde encontrar la pista para concebirlos como extensiones de la mente y el cuerpo?

En lo que comúnmente utilizamos hasta ahora de los medios y de las tic’s, en las plataformas virtuales u “on-line”, se comunican básicamente dos elementos: imagen y sonido, en relación al ser humano: imagen corporal y voz.

Si la imagen que se puede observar en la pantalla es la imagen corporal, algo del cuerpo está presente. Si no entendemos el cuerpo como el cuerpo meramente físico, el cuerpo de la biología, de la fisiología, y entendemos que el propio “Yo” es en su origen una construcción imaginaria, como indica Lacan, una anticipación de la unidad corporal en un estado de impotencia e incoordinación motriz de la tierna infancia, es fácil comprender que la imagen, aunque parcial, en la pantalla, de una parte del cuerpo, representa a éste en cuanto tal ante los otros, e incluso ante uno mismo en ese lugar de interacción y de encuentro. El cuerpo por tanto se hace presente a través de la imagen. Incluso en el sentido de que la imagen de un otro/a en la pantalla, puede afectar al cuerpo, como hemos comprobado en nuestra vida cotidiana, y en la de los grupos que coordinamos. O bien el cuerpo quedar afectado por lo que “encuentra” en ese entorno.

Siguiendo con un concepto del campo lacaniano, añadido también que la mirada, como función y como objeto, tiene, en los grupos on-line, una gran importancia, sin embargo, con una estructura de funcionamiento diferente, pues no está clara la mirada que quién, como objeto, está siendo enfocado por la mirada de cada cual, como sujeto. Uno puede mirar concretamente a alguien en la imagen, pero no saber, por las miradas ajenas quien ha puesto su mirada sobre él. Es como si la mirada orientada a uno, no pudiese más que ir, en realidad, al grupo como globalidad, y no a alguien en particular, salvo si la mirada va acompañada de una alusión por gestos o por voz. Dos no pueden cruzar sus miradas y saberlo por ellas mismas. En cualquier caso, aunque de modo diferente, el “hacerse ver” de la pulsión escópica sigue poniéndose ahí en juego.

Con respecto a la voz, sabemos que acompaña a la constitución del sujeto humano, desde incluso antes de su nacimiento y está, pienso, más relacionada con aspectos somato-sensoriales que la propia visión. La voz es el soporte que acompaña los primeros acercamientos del ser humano al lenguaje, como medio que vehicula al significante. Es, además, producida por el propio cuerpo hablante, desde los órganos de la fonación, pero implicando al cuerpo completo (de ahí sus variaciones asociadas a los cambios de éste). La voz es onda de presión, por tanto, de contacto con el otro cuerpo en cuanto que por un lado el

habla repercute en la vibración del tímpano (proceso previo necesario para la decodificación del mensaje), y por otro lado como vibración sonora, resuena en el cuerpo como tal, puede ser percibida sensorialmente como vibrante (tanto por el emisor como por el receptor).

La voz, transmite con su tono, timbre, entonación, volumen, un más allá de la significación puramente semántica del mensaje. Es en sí misma significativa, pudiendo asumir esta función incluso si no transporta ningún símbolo como tal pronunciado.

Es, además, la voz, claramente un elemento que permite la identificación y por tanto tramita/transmite la identidad de un sujeto.

La voz, en este sentido, es cuerpo, cuerpo pulsante, vibrante, comunicativo e invocante. Cuerpo que toca a otro cuerpo.

Por todo lo expuesto propongo una hipótesis:

En este lugar, on-line, virtual, más allá de la tecnología de los medios, pero posibilitada por ella, hay un encuentro de los sujetos humanos, de grupo, en mente y en cuerpo a través de su imagen, de su mirada y de su voz.

Y diré “hay presencia, no es sin cuerpo”.

(...Con lo que concluiría aquí esta exposición presencial realizada hoy mediante una plataforma virtual, aclarando el sentido de las dos “presencias”, subyacentes en la expresión “la presencia del grupo operativo” en entorno virtual en la pandemia: su presencia como sostén de lo comunitario y, como hipótesis, la presencia en él de los sujetos, en grupo, en mente y en cuerpo).
